

Los sefardíes ante los retos del mundo contemporáneo

*Paloma DÍAZ-MAS y María SÁNCHEZ PÉREZ
(CSIC)*

La intención de este libro es analizar, desde distintas perspectivas disciplinares y metodológicas, el proceso mediante el cual una minoría religiosa y cultural (los judíos sefardíes de Turquía y los Balcanes) se adaptó a los cambios políticos, socioeconómicos y culturales que se produjeron en Europa en el paso del siglo XIX al XX, replanteándose su papel en la sociedad y su propia identidad.

Es, desde luego, un libro sobre los sefardíes. Es decir, sobre los judíos descendientes de los expulsados de la Península Ibérica a finales de la Edad Media, que todavía en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX vivían en las comunidades de distintas localidades del imperio otomano, en las que se habían asentado tras su exilio, y que mantenía como señas de identidad el judaísmo y la conciencia de sus orígenes ibéricos, y como lengua de comunicación y de expresión literaria una variedad lingüística románica derivada del español medieval (el judeoespañol, sefardí o ladino); rasgos todos ellos que los diferenciaban de otros grupos de su entorno, incluso de los judíos de otros orígenes que habitaban en los mismos países.

Pero es también un libro sobre cómo la caída y desmembramiento de los grandes imperios (sobre todo, el turco otomano y el austrohúngaro) y la subsiguiente reestructuración de Europa, con la fundación de estados nacionales, influyó en las minorías religiosas y culturales de los países afectados. La situación de los sefardíes del antiguo imperio otomano, los cambios que experimentaron su organización social, su cultura, sus mentalidades y sus formas de vida como consecuencia de la reorganización de Turquía y los Balcanes entre la segunda mitad del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial, tiene características específicas, pero también elementos en común con los fenómenos sufridos por otras minorías europeas. Puede, por tanto, tomarse como estudio de caso para entender mejor fenómenos como las relaciones entre los países europeos occidentales y los considerados en la época como *orientales*; el proceso de occidentalización y modernización del Oriente Mediterráneo; el impacto, en ese contexto, de los nuevos sistemas educativos sobre los grupos minoritarios; las subsiguientes tensiones entre religiosidad y laicismo; la politización y las luchas de clases sociales en los nuevos estados emergentes; la participación de las minorías en la construcción de los estados nacionales; la aculturación de las minorías; el cambio

del papel de las mujeres; la emigración y el transnacionalismo; o la muerte de las lenguas minoritarias.

Por esta razón, esperamos que el presente libro no sólo interese a los especialistas en cultura sefardí, sino en general a historiadores, a filólogos y lingüistas, a antropólogos y sociólogos, a los interesados en la historia de la cultura, a quienes se dedican a los estudios sobre el Mediterráneo o los países balcánicos, o a especialistas en estudios de género, por poner sólo algunos ejemplos.

EL PUNTO DE PARTIDA: LAS COMUNIDADES SEFARDÍES EN EL IMPERIO OTOMANO

Como es bien sabido, la formación de las comunidades de la diáspora sefardí fue un proceso largo y complejo, que se inició con la expulsión de los judíos de los reinos de Castilla y Aragón en 1492 y con la conversión forzada de los judíos de Portugal en 1498, y continuó hasta bien avanzado el siglo XVIII.

Un elemento clave de la formación de esas comunidades diaspóricas fue precisamente la conversión forzosa de los judíos portugueses y la prohibición de los reyes de Portugal de que los conversos o *cristãos novos* emigrasen a otros países; el hecho de que no existiese Inquisición en Portugal hasta 1536 propició que buena parte de los *cristãos novos* portugueses mantuviesen la tradición judía y la práctica del judaísmo en el ámbito privado durante dos o tres generaciones, dando origen a auténticas comunidades de criptojudíos (llamados, despectivamente, marranos), que mantuvieron discretas pero intensas relaciones tanto con otros conversos criptojudíos de Castilla, Aragón y América como con las comunidades de exiliados sefardíes. Precisamente algunos de esos criptojudíos portugueses —muchos de ellos dedicados al comercio internacional en una época de expansión marítima de Portugal— se asentaron en calidad de hombres de negocios portugueses (la *nación portuguesa*) en el extranjero, donde volvieron abiertamente al judaísmo y constituyeron el germen de comunidades sefardíes en ciudades de Europa Occidental (Amberes, Amsterdam, Bayona, Burdeos, Hamburgo, Ferrara, Ancona, etc.) o se integraron en las comunidades sefarditas del Norte de África o del Mediterráneo Oriental, constituidas por exiliados de la primera oleada de expulsiones.

El imperio otomano —que desde finales del siglo XV hasta el XIX abarcaba Turquía, los países balcánicos, buena parte de Oriente Medio y casi todo el Norte de África hasta los actuales Argel y Túnez— fue un destino preferente tanto para los judíos expulsados como para los conversos que volvían al judaísmo, ya que en el imperio regía el régimen político de *mil·let*, por el cual cada minoría religiosa mantenía su propio sistema organizativo en múltiples aspectos (desde la práctica de la religión hasta la legislación para asuntos internos), a condición de reconocer la autoridad del sultán, pagar los elevados impuestos que les correspondían y no usurpar determinados privilegios de la minoría musulmana dominante.

Ello propició el desarrollo de una cultura sefardí diaspórica, que tenía como marcas específicas el judaísmo y los orígenes hispánicos. El judaísmo era un rasgo característico de los sefardíes con respecto a los musulmanes y a otras minorías de distintas confesiones (ortodoxos griegos, bizantinos, serbios, búl-

garos o rumanos; católicos croatas; armenios; maronitas; etc.). Sus orígenes hispánicos los diferenciaban tanto de otras minorías no judías como de los judíos de otros orígenes que también vivían (aunque en menor número) en el imperio otomano, como los romaníotas o los askenazíes. Los orígenes hispánicos determinaban además otros rasgos distintivos: una tradición religiosa heredera de la cultura judía de la Sefarad medieval; y una lengua propia (el sefardí, judeoespañol o ladino), que los diferenciaba de todos los grupos de su entorno.

En esas circunstancias se fueron constituyendo comunidades sefardíes en distintas localidades grandes y pequeñas del imperio otomano. En ellas se desarrollaron, desde finales del siglo xv hasta el xix, una cultura y una forma de vida sefardíes basadas en la tradición judía, bajo la dirección de unas élites con formación rabínica, y fueron surgiendo distintos focos de influencia religiosa y cultural: Estambul, Esmirna, Safed y Jerusalén, El Cairo, Salónica, Sarajevo, Sofía, Bucarest, etc.

LOS SEFARDÍES ANTE LOS CAMBIOS POLÍTICOS EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL EN LOS SIGLOS XIX y XX

Sin embargo, entre la segunda mitad del siglo xix y la Segunda Guerra Mundial, se produjeron en las tierras del antiguo imperio otomano una serie de cambios políticos, socioeconómicos y culturales que modificaron totalmente el panorama del Mediterráneo Oriental y de toda Europa.

Esos cambios se deben, principalmente, a tres vectores: el auge de los nacionalismos, que desemboca en la independencia de los países balcánicos y la creación de estados nacionales; el progresivo desmembramiento del otrora poderosísimo imperio otomano (al que desde la guerra de Crimea de 1853-1856 la prensa periódica llamó de forma muy expresiva «el enfermo de Europa»); y los intereses geoestratégicos y económicos de los estados de Europa Occidental en el Oriente Mediterráneo, con sus consecuentes intervenciones en el ámbito político, económico, cultural o militar, según los casos.

Entre 1821 y 1831 se produjo la guerra de independencia de Grecia, que supuso un primer escalón en el desmembramiento del imperio otomano; en su contexto, además, tuvo lugar una primera guerra ruso-turca (1828-1829), que trajo como consecuencia, entre otras cosas, la ocupación rusa de Moldavia y Valaquia y la autonomía de Serbia, donde había población sefardí. Mayor trascendencia tuvo para la situación de los sefardíes la segunda guerra ruso-turca, de 1877-1878, que produjo la independencia de Rumanía, Serbia y Montenegro, la autonomía de Bulgaria como principado y la anexión de Bosnia por el imperio austrohúngaro; en todos esos países existían comunidades sefardíes, cuyos miembros pasaron de ser súbditos del sultán a ciudadanos de estados nacionales.

A partir de entonces el imperio otomano empieza a desintegrarse no sólo externamente, sino internamente, situación que desemboca en la revolución de los Jóvenes Turcos en 1908 —que se gestó precisamente en Salónica, una ciudad cuya población era mayoritariamente judía sefardí—, y que supuso la implantación de la Constitución y la posterior destitución del último sultán. Poco des-

pués, en 1911-1912 se produce la guerra italo-turca, con la anexión a Italia de las islas del Dodecaneso, entre ellas Rodas, donde existía una importante y antigua comunidad sefardí. Y casi inmediatamente las guerras balcánicas de 1912-1913, con la independencia de Albania y Macedonia. En 1912 parte de Macedonia se incorpora a Grecia, incluyendo la ciudad de Salónica y su entorno, con abundante población sefardí.

La posición de Turquía a favor de Alemania en la Primera Guerra Mundial provocó la intervención británica en Palestina, con la conquista de Jerusalén en 1917 y la implantación de un mandato británico que duró hasta 1948, en que se crea el Estado de Israel.

En 1923, se funda la República de Turquía y se empiezan a llevar a cabo una serie de drásticas reformas en la política y la sociedad turcas bajo el mando del militar Mustafá Kemal (llamado Atatürk ‘padre de los turcos’).

Estos vertiginosos cambios políticos, concentrados en pocas décadas, afectaron a todas las minorías religiosas del imperio otomano que, al pasar de ser súbditos del sultán bajo el régimen de *mil-let* a convertirse en ciudadanos de los nuevos estados nacionales, se vieron obligadas a redefinir su propia identidad individual y colectiva, su papel en la sociedad de los estados emergentes, y —por primera vez en varios siglos— su participación en la política de los estados modernos.

NUEVAS CLASES SOCIALES

En el caso de los sefardíes, este proceso va de la mano del surgimiento de nuevas clases sociales y, por tanto, de nuevas élites de poder y también de nuevos conflictos de clase.

La sociedad tradicional sefardí del imperio otomano había tenido como elemento vertebrador la religión judía y, en consecuencia, se había organizado en congregaciones religiosas y había sido dirigida durante siglos por las élites rabínicas. La actividad productiva de los sefardíes fue desde la expulsión hasta el siglo XIX principalmente comercial y artesanal; la división de clases era la propia de la sociedad tradicional oriental en la que vivían, con unas élites dirigentes constituidas por los rabinos (*hahamim* ‘sabios’) y por los comerciantes acomodados, que con frecuencia ejercían también de banqueros (*guebirim* o ‘señores’); una clase media de pequeños comerciantes y artesanos (*medianeros* o *balebatim*, del hebreo *ba’al habáyit* ‘señores de su casa’); y muchos pobres (*aniyim*) dedicados al trabajo manual, a la venta ambulante, a oficios subalternos o que vivían de la caridad, para quienes todas las comunidades sefardíes sostenían instituciones benéficas y caritativas mediante las cuales las clases más acomodadas procuraban el socorro de las más desfavorecidas, cumpliendo así la prescripción de *dar sedacá* (‘dar limosna’).

Ya desde las últimas décadas del siglo XIX, empieza a emerger entre los sefardíes una nueva burguesía, educada a la manera occidental, políglota e internacionalizada. En un primer momento, los miembros de esa nueva burguesía sefardí salen de las viejas élites: son los hijos de los *guebirim* o comerciantes acomodados, que han estudiado en escuelas occidentales o en universidades eu-

ropeas; pero también algunos descendientes de las familias rabínicas que, además de recibir una formación religiosa en las *yeshivot* ('escuelas rabínicas'), se preocupan por obtener una formación occidental y aprender idiomas. Como suele ser frecuente, la clase media imita a las élites, y pronto los hijos de los *medianeros* procuran, en la medida de sus posibilidades, recibir una formación moderna, incorporándose poco a poco a esa nueva burguesía emergente.

Las consecuencias de ese proceso afectan a muchos ámbitos. En el productivo y laboral, la nueva burguesía acomodada, sin abandonar del todo sus actividades tradicionales (como el comercio o la banca) empieza a dedicarse también a la actividad industrial; se abren fábricas de tejidos con maquinaria moderna, industrias que utilizan motores de vapor (como el famoso molino de harinas Allatini, de Salónica), fábricas de tabaco o de materiales de construcción, ferrerías, etc. Es decir, una parte de esa burguesía, además de seguir ejerciendo actividades comerciales, contribuye a la industrialización del Mediterráneo Oriental.

La consecuencia inmediata es, también, el surgimiento de una clase obrera sefardí. Aunque no de manera exclusiva, las fábricas de empresarios sefardíes empleaban a muchos obreros judíos. Surge, por tanto, un proletariado sefardí que —aunque con frecuencia se nutre de sus efectivos— no puede identificarse con la tradicional clase de los *aniyim* o 'pobres', dependientes de la beneficencia comunitaria.

Por su parte, la clase de los *medianeros* empieza a ocupar otros lugares en la sociedad y en la actividad productiva. Algunos hacen fortuna en los negocios —enfocados ahora con perspectivas más modernas— y logran asimilarse a la alta burguesía sefardí. Otros, tras haber recibido una formación adecuada, se dedican a nuevas profesiones: oficinistas, contables, profesores, médicos o abogados.

UN NUEVO SISTEMA EDUCATIVO

El proceso de emergencia de estas nuevas clases sociales es inseparable de los cambios en los sistemas educativos.

La educación tradicional sefardí (como la judía en general) era religiosa y la recibían casi exclusivamente los varones. Los niños pequeños se educaban con el *rubí* ('maestro de primeras letras') en el *meldar* ('escuela primaria'), que podía ser privado o sostenido por la comunidad judía. Los métodos educativos eran memorísticos y reiterativos y se orientaban a saber leer y escribir en alfabeto hebreo (que se utilizaba también para escribir en judeoespañol), a aprender a leer las oraciones en hebreo (la mayoría de las veces sin entenderlo) y a las reglas matemáticas elementales (sumar, restar, y no todos aprendían a multiplicar y dividir). Los que seguían los estudios y no empezaban a trabajar siendo unos niños, acudían al *Talmud Torá* ('estudio de la Ley'), una escuela religiosa judía. La siguiente fase educativa, que sólo unos pocos seguían, era en una *yeshivá* ('escuela rabínica'). Como consecuencia, las clases letradas judías (y sefardíes, en concreto) fueron durante siglos los varones que habían recibido formación rabínica en las *yeshivot*, dando origen a una élite intelectual rabínica de la cual salían también los cuadros de dirigentes comunitarios.